

El profesor de Religión en la EGB

Alipio ROZAS BRAVO

A partir del documento episcopal sobre «La enseñanza religiosa escolar» del 11 de junio de 1979, el profesor de religión presenta algunas variantes. Así, en el plano teórico y ministerial, ha subido de categoría la figura del profesor de religión; en el plano práctico y real, se ha reducido el número de personas dedicadas a formar religiosamente a sus alumnos.

Según esto, se exige al profesor de religión, en primer lugar, disponibilidad, actualización doctrinal y mayor coherencia con su propia fe. Cierta número de miembros del profesorado estatal y privado está respondiendo positivamente a esos valores que hoy se subrayan desde la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.

Este es el momento oportuno. Esta providencial ocasión para el centro educativo que desea formar cristianamente. Esta es la baza decisiva que se ofrece a la sociedad española, para que personalice de manera consciente la formación religiosa de sus hijos. Sabemos que la inmensa mayoría de las familias españolas han optado porque en sus centros educativos se imparta la enseñanza religiosa. Y así, sabemos también que buen número de centros escolares estatales y privados, de acuerdo con este deseo, están preparando a su profesorado para que pueda dar con competencia y dignidad la enseñanza religiosa escolar. También nos consta de escuelas y colegios que, no obstante desear los padres educación religiosa para sus hijos, de hecho, ésta no se da por falta de profesorado competente que quiera impartir esta disciplina.

Y desde hace dos cursos los niños y los preadolescentes de tales centros padecen ese vacío de formación religiosa. Esto es debido, a veces, a la oposición sistemática y hasta hostil de algunos directivos de centros escolares, y también a la desidia y falta de verdadero interés de las propias familias cristianas. El resultado final de esta situación es que algunos centros, y sobre todo los grupos de 6.º, 7.º y 8.º de E. G. B., carecen de formación religiosa en sus escuelas o colegios. Estamos viviendo meses de especial trascendencia para el futuro de algunas escuelas que hasta ahora se consideraban cristianas.

Con estas páginas sólo se pretende animar y prestar a tantos maestros que encarnan al profesor de religión en E. G. B. y se sienten desamparados en todo o en parte.

Este es nuestro objetivo y también el de la revista *Sinite* al dedicar este número monográfico a la persona del profesor de religión.

En las páginas que siguen vamos a considerar exclusivamente al profesor de religión que ejerce su ministerio en la E. G. B. Necesariamente tenemos que contemplar dos momentos dentro de este período educativo:

— la infancia, propiamente dicha, (6 a 11 años);

— la preadolescencia (12 a 14 años).

Nuestra reflexión tendrá dos partes según las etapas en que dividimos la E. G. B., ya que los alumnos difieren mucho según las edades, y el profesor de religión ha de tener muy presente a quiénes se dirige en cada momento.

A) EL PROFESOR DE RELIGION EN LA PRIMERA ETAPA DE E. G. B.

La primera etapa de E. G. B. aglutina a niños, cuyas edades oscilan desde los 5-6 años hasta los 10-11. En la actualidad, después de las últimas reformas venidas del Ministerio de Educación y Ciencia, esta etapa está dividida en los ciclos, inicial y medio, que abarcan, respectivamente, preescolar, primero y segundo el inicial, y tercero, cuarto y quinto el medio.

Durante la primera etapa de E. G. B., el profesor es tutor y responsable de la formación religiosa de los alumnos, en la gran ma-

yoría de los casos. Este hecho ofrece, como es natural, sus ventajas para todo buen pedagogo. Subrayamos los aspectos siguientes como inherentes a la clase de religión en estos dos ciclos.

1. La globalización como presupuesto didáctico

La Ley General de Educación nos recuerda en su artículo 15 que en la primera etapa se ha de acentuar el carácter *globalizador* de las enseñanzas. Supuesto este marco pedagógico, el niño vivirá con plenitud todo lo que sienta y haga en la clase de religión. Por otra parte, la globalización requiere la cuidadosa programación de las enseñanzas hasta conseguir una coordinación tal, que el niño se haga una primera síntesis, tanto a nivel de saberes como de vivencias, sin mayores esfuerzos.

Por otra parte, el documento episcopal sobre la «Enseñanza Religiosa Escolar» nos subraya la misma idea de globalización en los apartados 123 y 124, cuando dice:

«Teniendo en cuenta que en este período se imparte la enseñanza globalizada, el educador puede integrar y relacionar el mensaje cristiano con los demás saberes que el niño va adquiriendo (...).

Hacia el tercer curso escolar se despliega poco a poco la capacidad del niño para la adquisición de saberes. La globalización de la enseñanza permite que el educador imparta la enseñanza religiosa en armonía con las demás disciplinas y suministre al niño los datos del mensaje cristiano que le permitan ir construyendo una primera síntesis de la fe cristiana, adecuada a su edad.»

La globalización en educación es uno de los procesos didácticos más eficaces a la hora del aprendizaje y de toda educación integral. Está en conexión con la vivencia puntual del niño, por una parte, y subsana la tendencia propia del pequeño, que sólo para mientes en los detalles y las cosas concretas, perdiendo de vista el «todo».

2. La misión del profesor de religión coincide con la del catequista

Esta afirmación es verídica, sobre todo durante el ciclo inicial, puesto que los saberes y conocimientos de todo tipo quedan en segundo plano, en pro de factores más educativos de la persona. Otro tanto sucede desde el punto de vista de la educación religiosa.

En la primera etapa de E. G. B. la misión del profesor de religión se identifica con la de todo catequista, puesto que ambos apuntan a los mismos objetivos educativos.

El objetivo ideal de la enseñanza religiosa consistirá en convertir la clase de religión en verdadera catequesis; si bien esto no resultará fácil en ocasiones, no podemos dejar de apuntar a lo mejor cuando sea posible. De hecho, la labor catequética en la primera etapa de E. G. B. no sólo es posible, sino que tendría que ser lo normal de cada clase de religión, sobre todo al tratarse de niños tan pequeños. Así nos lo da a entender la misma Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en los últimos documentos (3 y 5 de febrero de 1981), correspondientes a los ciclos inicial y medio, titulados: BASES DE PROGRAMACION.

Veamos los objetivos específicos para los cursos preescolar, primero y segundo de E. G. B.:

- Despertar actitudes básicas, humanas y religiosas, partiendo de la experiencia (...).
- Iniciar en sus líneas más básicas la formación de la conciencia moral del niño.
- Proporcionar al niño los elementos esenciales de Mensaje Cristiano.

Los dos primeros objetivos apuntan claramente a la labor catequética, mientras que el tercero se refiere a la enseñanza religiosa escolar.

Para el Ciclo Medio, los objetivos son los siguientes:

- Llegar a que el niño vaya construyendo una primera síntesis de la fe cristiana.
- «Formar en las actitudes básicas cristianas, pues el hecho de acentuar los aspectos de conocimiento no excluye los aspectos vivenciales de la fe.»
- «Integrar los datos religiosos que el niño ve en la vida (objetos, tiempos, lugares, personas, ...) en su verdadero significado dentro de la fe cristiana.»

Como podemos fácilmente deducir, los elementos catequéticos dominan también durante estos cursos, sobre los cognoscitivos y culturales.

En una palabra, nuestro sentido de la educación, el conocimiento psicológico que tenemos de lo que el niño es («un todo», ... afectividad, acción, ... vida) y la propia experiencia nos ratifican en

la identificación que existe entre la misión del profesor de religión y el catequista, dentro de la 1.^a etapa de E. G. B.

3. ELEMENTOS fundamentales del educador de niños

El trato asiduo con los niños exige un estilo propio, si queremos educarles como personas y como creyentes. Al presente, nuestra reflexión se detiene en los elementos educativos más concretos que debemos cultivar y atender con esmero. Sólo manteniéndonos fieles a ellos, nuestra labor pedagógica cristalizará en actitudes que la hagan eficaz en el plano antropológico y en el de la fe. A continuación, consideraremos los elementos siguientes:

a) *La sinceridad*

La actitud de sinceridad equivale en cierta medida a la coherencia y requiere madurez. El profesor de religión, como todo educador de niños, es persona que ha llegado a la adultez. Como adulto ha de ser ecuánime; esto le exigirá más de cuatro veces, dominarse y vencerse, de tal modo, que se mantenga, por lo general, dentro de un contexto de serenidad y equilibrio que estén por encima de las circunstancias. En este ambiente cobrará el niño seguridad personal y, dentro de ese marco, nacerá la confianza; dos elementos básicos para toda relación personal positiva.

Por otra parte, el profesor de religión, para que sea sincero consigo mismo y con su profesión, debe ser persona madura en la fe; es decir, debe haber optado clara y definitivamente por Cristo. No se admite como profesor de religión de niños al no creyente o aquel cuya fe estuviera tambaleándose, a caballo entre la inseguridad manifiesta o el acomodo a las circunstancias. Su profesión de educador cristiano le exige sinceridad y coherencia entre lo que debe decir, lo que siente, vive y hace.

b) *La afectividad*

Dentro del clima afectivo el niño crece y madura naturalmente; y en ese pentagrama debe escribir el profesor de religión la melodía del Mensaje Cristiano, cuando lo está viviendo con los niños; sobre todo durante el primer ciclo de la E. G. B. El educador debe estar atento a cada niño y valorarle.

La afectividad, en nuestro caso, no sólo se refiere al hecho de que los niños deben sentirse amados y aceptados por sus maestros;

aludimos también y sobre todo a esa longitud de onda en la que debe emitir con mayor frecuencia el educador cristiano sus juicios y estimaciones. El profesor de religión debe dirigirse a los niños, de ordinario, dentro de un contexto afectivo, más que cultivando lo racional. De ahí la importancia de establecer unas buenas relaciones personales con los niños, condición para que toda labor tenga influencia positiva.

c) *La intuición*

Lo intuitivo es otro de los elementos típicos de la educación infantil. El mismo ser intrínseco del niño nos pide que el quehacer intuitivo sea una de las formas específicas de su formación integral. De hecho, la inteligencia del niño a lo largo de la primera etapa de E. G. B. es concreta, su atención puntual, su vivencia momentánea, sus intereses específicos...; todo nos exige acomodarnos a su naturaleza si queremos influir en él con buenos resultados. *Natura vincitur parendo*. Nunca mejor aplicado que en tantos casos como se dan a la hora de educar a los alumnos pequeños.

El profesor de religión, por consiguiente, al igual que todo educador de niños, debe ser persona intuitiva, tanto en su manera de expresarse (palabras, modulación, gesto...) como en su metodología; aquí incluimos tanto los CONTENIDOS como las formas de expresarlo (escenificación, montajes, canto, murales... expresión artística y dinámica, lenguaje simbólico, etc.).

Para que el profesor de niños sea intuitivo se requiere, además de lo dicho antes, que conecte con la realidad infantil: su mundo, juegos, intereses, inquietudes, fantasía, gustos..., en una palabra, sus circunstancias concretas. De esta observación y de este contacto se servirá el maestro para sintonizar y armonizar la vida y experiencias del niño con los contenidos y métodos propios de la formación religiosa.

d) *La actividad*

De todos es conocido el hecho de la actividad infantil como formando parte de su propia naturaleza. El niño es vida, juego y movimiento, dentro de los espacios madurativos de la persona humana: lo cognoscitivo, lo afectivo y lo operativo. El niño se halla a gusto en medio de la actividad. Aquí es donde observa, experimenta, crece y madura.

El profesor de religión, al igual que todo educador de niños, llevará su metodología por los derroteros de la actividad, ya que es consustancial al alumno.

Podíamos concluir diciendo que, en cada caso, cuantas más potencias y cuantos más sentidos entren en acción, más fuerte es el aprendizaje. Este principio pedagógico, aquí, en este caso tan específico, adquiere dimensiones extraordinarias. De donde, tanto la enseñanza religiosa escolar como la catequesis de niños se deben caracterizar por cierta actividad programada, claro está, bajo múltiples formas.

e) *La alegría*

El optimismo en pedagogía es actitud esencial en toda labor educativa que quiera ser auténtica y eficaz. La alegría, por consiguiente, aflorará en todo educador de niños, como actitud básica y normal. Por otra parte, no es para menos cuando contemplamos a los niños. Su espontaneidad nos llena a menudo de sorpresas y de admiración, sus ocurrencias despiertan en ocasiones el buen humor, su naturalidad nos inunda de bondad... Todo su ser, con su debilidad incluida, nos exigirá un radical optimismo, respeto y hasta veneración, cuando nos relacionamos con él. Por algo los niños como todos nosotros, han sido fruto del amor, de la felicidad y de la alegría de sus progenitores y de Dios mismo.

También en el profesor de religión debe reinar este espíritu de alegría que se manifestará con un «ser y sentirse» en profundidad feliz, sobre todo por su labor educativa; felicidad que se expresará de múltiples maneras y en diversas circunstancias.

De mucha utilidad le será al profesor y catequista de niños poseer ciertas dotes para la música, la expresión artística y dinámica; para la animación de grupos... para la creatividad y demás formas pedagógicas positivas que harán felices a los niños en sus aplicaciones escolares concretas.

B) EL PROFESOR DE RELIGION EN LA SEGUNDA ETAPA DE E. G. B.

Nos encontramos inmersos ahora en el mundillo de los preadolescentes, chicos y chicas, cuyas edades van desde los 12 a los 14 años. Están experimentando una evolución total que abarca todos los aspectos de su incipiente personalidad: lo biológico, psicoló-

gico, emotivo, social, moral y religioso. El preadolescente cambia, crece, y en este empeño está implicado todo su esfuerzo como individuo.

Todos estos fenómenos vivenciales que experimentan día tras día el muchacho y la muchacha de 12 a 14 años engendran en ellos inseguridad. Lo único de que está seguro el preadolescente es de que ya no es niño o, en todo caso, que debe dejar de serlo cuando añore, de cuando en cuando, la etapa anterior.

Con este cuadro antropológico y real se encuentra el profesor de religión en la segunda etapa de E. G. B. Sin embargo, con este contexto y en circunstancias tales, el educador nato tratará de ayudar a sus catequizandos, en lo relativo a la fe, a pesar de todas las dificultades.

1. ¿Cómo proceder en la clase de religión con los preadolescentes?

El muchacho y también la muchacha que han rebasado ya la infancia desean trato diferente de cuando niños. Toda pedagogía que les trate como ya algo mayores de lo que en realidad son, les invita a crecer y a madurar, los educa. Por eso se explica que los preadolescentes rechacen sistemáticamente todo cuanto les sabe y suena a formas y expresiones infantiles, a pesar de que añoren la etapa anterior más de cuatro veces.

El preadolescente necesita para ir madurando libertad, autonomía, actuar a su aire; sin embargo, necesita también seguridad y asistencia, consejo y autoridad —no autoritarismos— por parte de los adultos, para seguir madurando.

Todo educador de preadolescentes, todo profesor de religión que desee educar a estos alumnos necesita una mano suave, comprensiva y hasta paciente, y también precisa de otra mano firme, segura y hasta exigente. En este combinar la doble rienda de la bondad y la firmeza radica el buen hacer con los preadolescentes. Existe tensión entre el afán de libertad que necesita el alumno de esta edad y la necesidad que tiene de protección, de asistencia y seguridad.

La nueva pedagogía prefiere la espontaneidad y el respeto a la persona del alumno a otras formas que tienen resonancia de autoritarismo y directividad. Sin embargo, el simple «dejar hacer» es una actitud errónea, tan perjudicial como sería su contraria, «la directividad». En la enseñanza religiosa escolar, más que en nin-

guna otra disciplina, debemos huir tanto del «dejar hacer» como del «autoritarismo». No es educativo que los preadolescentes avancen sin rumbo ni objetivos fijos, pues serían ellos mismos víctimas del capricho colectivo o de la influencia de líderes del grupo. Sería, hasta peligroso, tenerles en permanente situación de inseguridad, en búsqueda incesante, donde nada se precisa ni concreta, limitados a simples subjetivismos en el terreno doctrinal. Esta actitud de pura espontaneidad podría facilitar que ciertas actitudes cristianas experimentasen serios desvíos. En esta segunda etapa, uno de los objetivos más particulares es *lograr cierta síntesis global del Mensaje Cristiano*. De ahí que se necesite establecer claramente los objetivos y contenidos propios de estos años.

El buen quehacer entre preadolescentes consiste en favorecer lo más posible la expresión personal y del grupo, expresión que no se reduce a palabras, sino que supone ambiente de confianza y libertad dentro del aula. Pero, ¿cómo combinar estas actitudes educativas con los peligros que les acechan?

El profesor de religión tratará de que cada alumno descubra su propio puesto dentro del grupo de sus compañeros; que todos se vean aceptados; reconocidos, valorados... capaces de participar en la obra común, según sus propias posibilidades. En este sentido favorecerá siempre la creatividad personal.

Por otra parte, la nueva pedagogía nos previene contra los peligros del autoritarismo y de la directividad. Estas actitudes tradicionales hacen que los muchachos y muchachas se sientan oprimidos, a causa de que todo está programado, pensado y dirigido por el propio profesor. Esta manera de actuar se apoya en la autoridad, disciplina y orden; valores, sin lugar a duda, pero ¿en qué medida los ha de tener presente el educador al lado de otros? Esta es la cuestión, éste el dilema, y en saber combinar éstos con los valores precedentes radica el buen hacer pedagógico del «cada maestrillo con su librillo».

El profesor de religión cuando actúa con preadolescentes conservará su autoridad, pero no por imposición, sino por su especial manera de proceder y de actuar dentro del grupo; la cual le hace capaz de proponer con claridad los objetivos, los contenidos y los métodos de trabajo. Con su presencia acogedora y comprensiva en cada momento, el profesor de religión invitará y sugerirá el camino que convendrá seguir en cada situación concreta, respetando el estilo personal de cada uno para alcanzar su propia libertad. Para eso, tendrá cuidado para ofrecer de cuando en cuando posibles opciones equivalentes, de modo que cada preadoles-

cente pueda ejercitar su libertad y sentirse plenamente responsable de lo que ha escogido.

Creo que de este modo, se respetan y se tienen en cuenta las necesidades propias de esta etapa de maduración adolescente, con las otras que pertenecen a la entraña de toda persona humana: necesidad de seguridad, de sentirse miembro activo dentro del grupo (reconocido, valorado, aceptado...). Atendidas estas coordenadas de libertad y afectividad es como se construye la personalidad y, por tanto, también la educación religiosa de los preadolescentes.

Todo esto queremos expresar cuando decimos que el profesor de religión en este ciclo superior de la E.G.B. debe actuar más como el animador del grupo que como puro profesor.

2. Hacia un nuevo estilo de relación con los preadolescentes

La problemática que hemos planteado anteriormente nos descubre una exigencia nueva para el profesor de religión, con preferencia a cualquier educador de estos alumnos, supuesto que la enseñanza religiosa en su dimensión trascendente no se impone, sino que se propone. Aquella exigencia supone un nuevo estilo de relación con los alumnos. Lo apuntábamos, casi como conclusión, en el párrafo anterior.

No podemos olvidar que la persona se construye en la medida que se relaciona con los demás. En la relación con el otro cada preadolescente llega a conocerse a sí mismo, y también a madurar. Los demás nos sirven como de espejo donde podemos contemplar y contrastar nuestro egoísmo o generosidad, muestra sencillez o altivez, nuestra comprensión o intransigencia, nuestro respeto a los demás o el amor propio...

Por otra parte, la educación de la fe se realiza, expresa, celebra y madura dentro del grupo, dentro de la comunidad de creyentes, al lado de los demás y en la relación con los demás. Lo comunitario es consustancial a la naturaleza humana y, no lo olvidemos, la fe forma parte de nuestra condición de cristianos, pero también de persona humana que desea relacionarse y tener en cuenta en su existencia a Dios y a sus semejantes.

De los dos puntos anteriores deducimos como consecuencia catequético-pedagógica que el Mensaje Cristiano será acogido por el preadolescente en la medida en que le ayude a desarrollar su personalidad; si va a suponer un corsé para su maduración, fácilmente

te se lo sacudirá. Lo malo es que por nuestra manera de proceder y de relacionarnos con los chicos y chicas de estas edades, la enseñanza religiosa sea para ellos una carga opresora en lugar de opción liberadora. De la cantidad y calidad de relación que mantiene el profesor de religión con sus alumnos depende el grado de aprovechamiento.

Este nuevo estilo de relación supone dos aspectos:

a) *No al infantilismo*

Todo cuanto recuerda al preadolescente su mundo anterior es antieducativo, puesto que en lugar de hacerle crecer, supone involución. Esto se puede producir ya sea en el tratado del contenido ya en la metodología.

El profesor de religión, igual que todo educador, vigilará para no caer en esta regresión que instintivamente aborrecen los muchachos y muchachas de 12 a 14 años. Prestará atención para que, tanto la temática como las formas de desarrollarla se presenten como nuevas a la consideración de sus alumnos; de lo contrario fácilmente perderá ilusión e interés, en el mejor de los casos, ya que puede llegar a la apatía y hasta al desprecio olímpico como vivencias y maneras de actuar superadas, propias de la infancia.

Además de esos aspectos, otra forma de infantilismo en la formación religiosa es la excesiva dependencia a la hora de pensar, juzgar y actuar.

La dependencia infantil se caracteriza por la excesiva identificación del preadolescente con el educador. Este viene a ser el ídolo que todo lo sabe, todo lo puede y todo lo hace. Como consecuencia, los alumnos se despersonalizan, continúan siendo niños: incapaces de optar por sí mismos.

También es provocada la dependencia infantil por la postura dogmática y autoritaria del educador, por la actitud cautivadora —a modo de sugestión o por una excesiva ternura, todo lo cual dificulta la sucesiva maduración del alumno. La consecuencia es siempre la misma: impedir al preadolescente ser persona distinta, con originalidad propia, con su peculiar manera y forma de ser.

La maduración del alumno será posible a nivel humano y a nivel de fe, si se supera esa dependencia infantil, en la medida en que el educador cristiano aprenda a desaparecer, al tiempo que continúa cercano y presente al grupo y a cada preadolescente.

b) *Si al grupo*

Es necesario suscitar un estilo de relación personal en donde se tienen en cuenta las vivencias concretas de los componentes del grupo. El preadolescente participa de un grupo, y madura en cuanto se relaciona con los demás. Ama, busca, crea, disfruta y vive en un grupo de compañías y amistades. Aquí es donde pasa los mayores y mejores tiempos de sus años actuales. El grupo le influye y condiciona hasta baremos insospechados. El alumno de estas edades se educa y deseduca en un contexto grupal.

El educador estará muy sobreaviso para conocer, diagnosticar y participar en la dinámica de grupo que se crea en su aula. Forma parte de ese ambiente y puede con su madurez y posibilidad educativa influir positivamente en la evolución del mismo por medio de los siguientes aspectos:

- Motivar a los preadolescentes a descubrir por sí mismos sus riquezas personales, las de los demás, el mundo...
- Permanecer atento y al lado de cada preadolescente, compartiendo su vida y sus experiencias. Esto supondrá aceptar sus fallos con paciencia y comprensión, al tiempo que los animará a superarlos continuamente.
- Ser él mismo: es decir, que aunque se encuentre encarnado en el grupo de sus alumnos, ejerce un papel distinto al del resto de los participantes. Es alguien diferente, es adulto, maduro en la fe que cumple su misión específica.

Dentro de este contexto relacional se debe desenvolver el profesor de religión si quiere, de hecho, participar en la maduración de la fe de sus alumnos. Todo esto requiere una labor personal de ESTAR con el preadolescente, es decir: conocer sus intereses, deseos, alegrías, temores, esperanzas... en una palabra, ejercer su labor de educador que se compendia en la función de tutor del grupo, tal y como señalábamos para los alumnos de la primera etapa de E. G. B.

3. Actitudes básicas del educador de preadolescentes

Este nuevo estilo de relación comporta en el profesor de religión algunas actitudes básicas importantes que lo condicionan totalmente y que hacen válida o ineficaz su labor educativa a nivel de fe. Estas son:

a) *Confiar en las personas*

La actitud de confianza le moverá a reconocer los valores personales de sus preadolescentes, a destacarlos y a promoverlos. Confiar en los alumnos, quiere decir abrazar expectativas positivas respecto de ellos: fiarse de ellos, esperar algo bueno de su actuación, darles opciones para actuar libremente en medio de ese trasfondo de confianza y de esperanza positivas. Luego, claro está, habrá que resaltar, alabar o exigir responsabilidades; pero, de entrada, ha de existir confianza básica por parte del educador.

b) *Respetar a los sujetos*

Cada uno se debe sentir respetado, aceptado, reconocido, valorado... por una parte. Y por otra, cada individuo, cada preadolescente se sentirá respetado en la medida en que no es manipulado consciente ni inconscientemente. No se puede violentar la intimidad de cada alumno.

Sabemos que los chicos y chicas de estas edades tienen sus altibajos propios de su edad. No podemos inmiscuirnos, so capa de confianza, y exigirles una comunicación mayor de la que ellos deseen proporcionarnos. El tener paciencia, el esperar el tiempo propicio... son formas de comprensión y de respeto que, luego, en el momento oportuno, el alumno reconocerá y agradecerá a su profesor.

Este estilo de proceder proporcionará al profesor de religión un estilo y manera de actuar que le facilitarán, a la larga, la comunicación con sus alumnos.

c) *Competencia profesional*

La actualización es una de las actitudes más apremiantes del profesor de religión que trabaja con preadolescentes. Actualización y competencia profesional tanto en relación con los contenidos doctrinales como con la metodología pedagógica con que se imparten aquéllos.

El profesor de religión ha de renovarse y ponerse al día en la manera de entender la fe cristiana, interpretar la Biblia, releer el Evangelio, explicar los dogmas, vivir la moral, celebrar los sacramentos y participar de la Eucaristía, como elementos sintéticos de todo el Mensaje Cristiano.

Por otra parte, el quehacer catequético y cultural del profesor de religión presenta en la actualidad nuevas formas de explicar, entender, celebrar y expresar la fe cristiana. No puede dejarlas de lado. A nuevos tiempos, nuevas formas de expresar y de vivir la fe. Este campo queda expedito para el profesor inquieto y con ánimos de conectar con sus alumnos. Hoy día, las diócesis y el Ministerio de Educación y Ciencia exige «al profesor de RELIGION competencia y actualización a la hora de ejercer su profesión con dignidad y honradez. No podemos vivir a espaldas de la realidad, de las exigencias y de las circunstancias. Nuestro sentido de fidelidad a Dios y a los alumnos nos debe impulsar a aprovechar esos cursos de teología y de pedagogía religiosa hasta ponernos en situación digna de sintonizar con los preadolescentes de los años 80. De otro modo, sería meter la cabeza debajo del ala, vivir del pasado, y a la larga, no ser dignos de la excelsa misión que tiene por delante el profesor de religión.

d) *Vivencia cristiana*

Además de lo dicho, otra actitud del profesor de religión que está al día, es la del buen ejemplo, la vivencia de fe, el ser testigo fidedigno de lo que anuncia.

El profesor de religión de preadolescentes ha de ser hombre o mujer con experiencia de fe; no basta con que sepa mucho de dogma, moral, liturgia, Biblia..., sino que a través de su cultura y competencia religiosas, no puede fallar en la vivencia cristiana. En realidad, lo que pedimos al profesor de religión es que él sea también catequista; sólo en estas circunstancias, además de instruir y culturizar, formará a sus alumnos en la fe cristiana.

Esto será posible en la medida en que el educador permita descubrir, a través de su propio testimonio de fe, un mensaje vivo que se traduce en la propia experiencia.

e) *Apertura y diálogo*

Finalmente, la última actitud de todo educador y, por consiguiente, de todo profesor de religión es la de ser persona abierta, comunicativa, fácil para el diálogo con los alumnos.

Se trata del educador que sabe escuchar y dialogar simplemente con sus alumnos en cualquier circunstancia. Que escucha, valora y tiene en cuenta las opiniones, juicios y sentimientos de sus alumnos.

De ahí que el profesor de religión, y mayormente el religioso, no pueda vivir encerrado en su centro educativo, ha de mostrarse abierto y en contacto con sus alumnos: saber qué piensan, qué sienten, qué viven, qué quieren, qué esperan...

El buen profesor de religión debe vivir encarnado en el mundo y en los problemas familiares, personales y circunstanciales de sus preadolescentes.

Esta apertura y facilidad para el diálogo le darán la flexibilidad propia del que desea y quiere lo mejor para sus alumnos, dejando lo bueno y excelente para otro momento más oportuno. En clase de religión se debe incluir la problemática existencial de estos muchachos y muchachas. No se les puede olvidar ni dejar de lado a la hora de programar o desarrollar la enseñanza religiosa.

El profesor de religión debe ser el primer educador de sus alumnos.

- «El hecho de que el profesor de Religión se sienta ligado a la Iglesia le exige también estar atento a los defectos y debilidades y disponible para los cambios y reformas. No cabe duda de que esto puede ser ocasión de conflictos. Pero el hecho de estar ligado a la Iglesia no implica la obligación de aceptar una imagen idealizada y teológicamente superada de la Iglesia. Esto, ciertamente, no supone minimizar ni poner entre paréntesis la tensión entre las exigencias evangélicas y la realidad cristiana, entre el mensaje de Jesús y la forma en que, de hecho, es presentado en la Iglesia, entre el origen y el presente. El amor a la Iglesia y una cierta distancia crítica no deben excluirse mutuamente. Ambas cosas han de estar equilibradas, de manera que la voluntad de escuchar y de comprometerse desinteresadamente se articule con la capacidad crítica.»

(«La enseñanza de la Religión en la escuela», SINODO ALEMAN, 1974.)

- «El profesor de Religión debe ser sensible a la dimensión religiosa de la realidad. Debe ser un hombre que ha aprendido a buscar personalmente el sentido de la vida y del mundo. En el caso de la enseñanza de la Religión, es competente profesionalmente aquel que conoce adecuadamente los métodos y los contenidos, está preparado desde el punto de vista pedagógico-didáctico y, al mismo tiempo, vive una relación existencial con la "causa".»

(«La enseñanza de la Religión en la escuela», SINODO ALEMAN, 1974.)